





# Té para los fantasmas

---



**Chris  
Vuklisevic**

Té para  
los fantasmas

Traducido del francés  
por M.<sup>a</sup> Dolores Torres París

**AdN**

Título original: *Du thé pour les fantômes*

El fragmento del poema «Envelhecer» de Mário Quintana, que aparece en la página 9, publicado en la antología *Canções* de la Editora Alfaguara, se reproduce con la generosa autorización del autor y de su agente, agência Riff.

Diseño de colección: Summa Branding

© Éditions Denoël, 2023

© de la traducción: M.<sup>a</sup> Dolores Torres París, 2024

© AdN Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2024

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)

Traducción adaptada para Latinoamérica  
con la colaboración de la traductora

D.R. y © MMXXIV G.E.P., S.A. de C.V.

Renacimiento 180, Col. San Juan Tlihuaca,

Alcaldía Azcapotzalco,

02400, Ciudad de México

Miembro de la Cámara Nacional

de la Industria Editorial Mexicana

Registro núm. 43

ISBN: 978-607-574-557-2 (México)

ISBN: 978-84-10138-10-0 (España)

Primera edición, septiembre de 2024

*Esta obra no puede ser reproducida, total o parcialmente,  
sin la autorización escrita del editor.*

Impreso en México — *Printed in Mexico*



En Hachette Livre México usamos  
materias primas de procedencia  
100% sustentable

*Al que es el fin de toda frase,  
el oro en cada fisura,  
y el hacedor de todas las tormentas  
en esos días que miden la holgura de una mano.*



*Antes, todos os caminhos iam.  
Agora todos os caminhos vêm.  
A casa é acolhedora, os livros poucos.  
E eu mesmo preparo o chá para os fantasmas.*

«Antes, todos los caminos iban.  
Ahora todos los caminos vienen.  
La casa es acogedora, los libros, pocos.  
Y yo mismo preparo el té para los fantasmas.»

MÁRIO QUINTANA



## El salón de los té especiales

---

No hay que creer lo que se ve. Es una tontería de campeonato.

No: hay que creer lo que se mira.

Y no hablo de mirar el noticiero o si queda leche en el refrigerador. Hablo de mirar con lo que tiene en el fondo de los ojos, detrás de la mirada, lo que le da ideas e historias y ansias de acantilados y de viento.

Hágame caso, joven, no hay que creer todo lo que se ve.

Por ejemplo, la jefa apostada detrás de la caja registradora. Al verla, lo primero que habrá pensado es que se trata de una bruja. Bueno, no se lo discuto; tiene una facha de bruja que da miedo. No le falta más que la manzana roja para imaginarnos en *Blancanieves*. Pero, se lo juro, cuando uno la conoce no es tan desagradable... Es más, yo diría que es la persona más amable de Niza. En fin, lo digo por lo bajo, porque, como me oiga, me corre del salón.

Sí, tiene usted razón, las sillas parecen vacías. Pero fíjese bien.

Las teteras, ¿usted cree que pueden subir y bajar solas? Y las tazas, ¿se vacían así, por arte de magia? Por favor. Un poco de seriedad.

Son los fantasmas, por supuesto. Los fantasmas de Niza que se sirven el té y se lo beben.

Ahora entenderá por qué la jefa lo sentó en mi mesa: aunque pueda parecerlo a primera vista, su salón nunca está desierto. Cuando estamos vivos, ocupamos los lugares que dejaron los muertos. Es la regla.

Pero, ¡ternurita!, ¡a quién se le ocurre venir en esta época!... ¡Como para pescar una pulmonía! ¡Qué barbaridad!, está usted empapado, parece un *pan-bagnat*. Estoy seguro de que en su guía no dicen ni media palabra de que durante el Festival de Cannes siempre tenemos una lluvia que ríase usted de la de los irlandeses. A la gente que viene a Niza por nuestras playas eso le molesta mucho, lógicamente. Lo que habrían escrito en ese librito suyo si me hubieran preguntado a mí es que, aquí, el cielo se cela de que le hagamos más caso a una alfombra que a él. Con tal motivo, cada año nos monta su numerito.

Qué quiere que le diga: cada uno tiene el cielo que se merece.

Bueno, por lo menos ha venido al sitio indicado. Cuando llueve en Niza vale más pasar el día aquí que en cualquier otro lugar, se lo aseguro. Yo, desde luego, me siento como un bizcocho dorándose al horno. Bien arrellanado en el sillón, rodeado de pacíficos fantasmas, con las gotas de lluvia repiqueteando en la ventana, las teteras arriba y abajo y, al otro lado, si limpiamos el vaho, fíjese: la calle Saleya, el corazón palpitante de la vieja Niza. En este momento está todo goteando, pero es igual de bonito. Tendría que ver nuestra calle cuando hace buen tiempo, con sus toldos a rayas cubriendo el mercado de las flores. ¡Un espectáculo! Espero

que disfrute al menos de un día de sol para aspirar el olor a pimienta de las dalias y el perfume verde de las palanganas.

Vaya, veo que duda cuál elegir. Yo le aconsejaría el té especial de la Masque, pero son todos excelentes y hacen honor a la zona de la que proceden: el valle de las Maravillas, a dos horas de aquí. ¡Cómo! ¿No ha oído hablar del valle?... A ver, déjeme un momentito su guía. Pero qué demonios es esto: «Camino trillados, guía experta de tus paseos secretos...». ¡No me haga reír! ¡Qué experta ni qué ocho cuartos! De experta nada de nada, hágame caso. Guías como esta las hay a patadas, salen como setas.

Lo cual es una lástima para usted, ya lo creo. Porque, en cuanto lo vi entrar con su cantimplora colgada de la mochila, me dije: Vaya, aquí tenemos a un joven al que le gustan los secretos. Los de verdad, no los que algunos leen en las típicas páginas de «Sabías que» para ilustrarse mientras se cuecen al sol como cangrejos. No, se ve a la legua que usted es de los que prefieren perseguir un misterio de verdad antes que correr tras un chiquillo con manguitos por los ardientes guijarros de la playa.

Si lo que está buscando es lo insólito, me tiene a su disposición para servírselo en bandeja. Con auténticos vestigios de pueblo encantado en su interior. Una clase de secreto que el autor de su guía ni en sueños sería capaz de imaginar.

Sin embargo, mucho ojo: la excursión de la que le hablo la conocen muy pocos seres vivos: yo, los que han leído mi informe en los archivos y, por último, la bruja que está detrás del mostrador. No mucha gente que digamos. Y que no se le

ocurra ir contándolo por ahí, ¿eh? No nos gustaría subir allá arriba dentro de tres meses y encontrarnos con una tienda de recuerdos con llaveros I Love Bégoumas.

De acuerdo entonces.

Veamos, para llegar allí tiene que subir hacia el interior. Ya visitará Niza más tarde, no se preocupe; hace dos mil años que está aquí, no es probable que se mueva. Tendrá tiempo de sobra para ir a la colina del castillo, al paseo marítimo, al Fenocchio a comer helado de gianduja, de acelgas o de cualquier otra majadería que se le antoje. Pero antes suba tierra adentro.

Si logra salir vivo de los atascos y de la autopista, dé gracias a Dios, y luego cruce el puente que atraviesa el Vésubie. No tiene pérdida: parece el corpiño con cordones rojos de una giganta desvestida. Una vez pasado el puente, diríjase a las montañas. Tome la ruta del Vésubie, la que serpentea por el desfiladero siguiendo el curso del río.

Al principio, el camino le parecerá precioso, ancho y apacible.

Disfrútelo.

Pronto, el nivel del río desciende, los barrancos se estrechan. El torrente corre al fondo del precipicio sobre restos oxidados y troncos partidos por la tormenta. En los barrancos, las rocas que amenazan con despeñarse apenas son retenidas por tenues redes.

Castagniers. Utelle. Le Colombier. Lantosque.

A partir de ahí, la gente de la costa ya no sabe los nombres de los pueblos. Excepto nosotros los archivistas, por supuesto, y el mayordomo-cartógrafo que conoce cada atolladero, cada senderuelo del país, el paso de los erizos que los atraviesan y hasta el crujido de conchas de los pajarillos al romper el cascarón.

La Bollène. Gordolon.  
Roquebillière.

Desde hace casi cien años, los edificios de Roquebillière-Vieux tienen perpiños en las ventanas y grietas de más de una cuarta. En el valle abundan los pueblos abandonados, por culpa de la montaña, que a veces pega un respingo como si se despertara de una pesadilla, y el río Vésubie se traga un par de caseríos para consolarla.

En Rocca Sparvièra, por ejemplo, durante siglos apechugaron con pestes, plagas de langostas y terremotos; hasta que llegó un momento en que no les quedó más remedio que largarse. Parece que el fantasma de la reina Juana, condesa de Provenza, vaga por allí arriba desde que tuvo la ocurrencia de matar a su marido y devorar a sus propios hijos en un estofado.

No puedo dar fe de ello porque no he subido hasta allí.

En Tournefort también hubo un terremoto que lo sacudió todo. En este caso, fue hace ciento cincuenta años. Hoy sólo quedan las ruinas de un castillo devorado por las jaboneras y las lavandas silvestres.

Roquebillière, en cambio, es otra cosa. Gentes tenaces, capaces de hacer dudar a una garrapata de su vocación. Tu-

vieron su cuota de desprendimientos e inundaciones como los demás, pero no se dieron por vencidos. Seis veces se mudaron y reconstruyeron su pueblo. Seis veces subieron y bajaron al valle, de un lado a otro de las gargantas. El antiguo nombre de Rocabiera pasó a ser Roquebillière; muchos murieron y otros nacieron, el río los empujó más lejos y se dejaron llevar.

Tal vez crean que, antes o después, el Vésubie se dará cuenta de que no va a librarse de ellos, de que son más testarudos que él, y dejará de echárseles encima. Se cansará antes que ellos. Tal vez. Por si acaso, siempre tienen un rinconcito en la cabeza haciendo las maletas. Y uno de los oídos siempre alerta por si resuena un estruendo desde lo más hondo de las gargantas.

Pero no es allí a donde quiero llevarlo. Tiene que subir mucho más arriba, a la aldea fantasma más secreta de la región: el pueblecito de Bégoumas.

Saliendo del casco viejo de Roquebillière, tome la curva que bordea un peñasco. Verá un ramo de flores secas y la foto descolorida de un niño blanqueándose al sol, esa clase de recordatorio que modera la velocidad de los conductores con más eficacia que un radar.

La carretera que sube a Bégoumas se estrecha hasta quedar reducida a una pista. Una pista larguísima plagada de baches que desanima a los curiosos, o a los que no lo son bastante. Al final de todo, cuando acaba el camino, hay que dejar el coche para subir a pie por un camino de herradura. Acabamos de entrar al valle de las Maravillas.

Espere; no hay que cantar victoria todavía.

Aquí, la maravilla, la *meraviglia*, no es de cuento de hadas: es lo extraño. Es la impresión de que alguien camina detrás de ti. Es la superficie del lago del Tremblement, que se agita sin brisa. Es la tormenta que se desata con un cielo azul de postal cuando se pasa al valle de la Masque. Es la espiral grabada en el paso del Diable, más vieja que este mundo y los mundos anteriores, capaz de embrujarte hasta hacerte olvidar el camino de vuelta.

Trepe por las laderas del monte Bégo. Atraviese las áridas pendientes, los bosques tenebrosos. Si nota que tiembla, no se preocupe, es normal. La sombra de la montaña cubre los alerces y enfría las rocas.

Después de dos horas de marcha verá, por fin, las ruinas de un pueblecito reflejadas en un lago negro. Ha llegado a Bégoumas, abandonado desde los extraños hechos acaecidos hace casi setenta años, la noche del 15 al 16 de agosto de 1956.

El epicentro del misterio se encuentra en lo alto del pueblo, bajo las piedras de una antigua majada. Entre sus muros desmoronados han crecido matas de tomillo.

Antaño, nacieron allí dos hermanas que perseguían fantasmas.

# Monstruos

---

Corre el año 1940 y el verano se tiñe de invierno.

Carmine, la mujer del pastor, debería haber dado a luz hace más de un mes, justo el día en que murió su marido. Fue de repente, se desplomó sobre la mesa en plena cena. Los dos bebés que crecen dentro de Carmine debieron de sentirlo porque, desde entonces, se niegan a salir y su barriga no deja de expandirse. Ni siquiera puede levantarse sin caer hacia adelante, agobiada por el peso de las criaturas que la parasitan.

Los nonatos se pelean sin parar.

Carmine no quería gemelos, nada de doble camada. Un bebé, hijo único, niña o niño qué más da, pero uno solo. Es suficiente. El que salga segundo... Más vale no pensarlo. Sólo con imaginarlo estalla la tormenta.

Con un poco de suerte, si no cejan en sus peleas, uno de los dos matará al otro antes de nacer.

Los primeros golpes empezaron la tercera semana de embarazo. «Demasiado pronto», dijo Mireille, la comadrona, que subía cada mes hasta la majada en lo alto del pueblo y cada mes se iba de allí un poco más pálida y desencajada.

Las entrañas de Carmine eran el campo de batalla de dos gatos salvajes.

Cuando la mujer del pastor salió de cuentas, la comadrona le apretó el vientre y le dio de beber las hierbas del parto.

En vano. La partera juró no volver a subir a aquella casa de mamelucos. Nada bueno podía salir de semejante guerra intestina. Nada bueno.

Si hubiera sabido que dos horas después de su partida, aparte de todo lo demás, el padre exhalaría su último suspiro, habría enviado al cura de Belvédère a exorcizar la majada.

Así pues, hace diez meses que Carmine se despierta por la noche con los arañazos y puñetazos que agitan sus entrañas. Y, más recientemente, con las pesadillas que le produce el cadáver del pastor, que yace bajo una sábana detrás de la puerta. Preñada como está, apenas tuvo fuerzas para arrastrar el cuerpo hasta la entrada.

En consecuencia, a veces ve a su marido empeñado en reavivar el fuego, barrer las cenizas o enjugarle la frente. En su delirio, Carmine se pregunta si esas visiones la aterrorizan o la reconfortan.

El día ha amanecido con niebla; no se ve un burro a dos pasos. Los remordimientos han hecho mella en la comadrona. Sabe muy bien que, con esa niebla que lo cubre todo, es un día propicio para que nazcan los demonios. Pero, demonios o no, ella no va a dejar que una joven dé a luz sola, ¿no? Sobre todo cuando uno puede congelarse, incluso en pleno verano, a la sombra del monte Bégo.

Carmine ya está gritando cuando Mireille salta por encima de la sábana pestilente bajo la cual prefiere no saber lo que hay. Los gritos la tranquilizan; la comadrona se mete en su papel y se pone manos a la obra: ha puesto el agua a hervir, las plantas a infundir y a Carmine a cuatro patas. La enorme barriga se hunde en el colchón.

Mireille aún no ha acabado de decir «empuja» cuando, de repente, la cabeza de un bebé asoma entre los muslos de la

madre y, en un abrir y cerrar de ojos, ¡plop!, el cuerpecito se desliza fuera del conducto como una pastilla de jabón hasta aterrizar en los brazos de la comadrona.

La partera se queda patidifusa durante cuatro segundos. Dos para sorprenderse de aquella rapidez sin precedentes en una joven que nunca había dado a luz y otros dos para preguntarse si es normal que el bebé sea tan... normal. Ni cuernos, ni cola con púas ni lengua bífida. Enseguida se rehace, acerca la pequeña —porque es una niña— al rostro de su madre, la cubre con una piel de oveja y reanuda su trabajo.

La primera debería haber abierto el camino y facilitado la llegada de la segunda. Pero Carmine empuja una y otra vez y no sale nada. Se susurra a sí misma palabras de ánimo e insultos, nombres que no son el suyo. La comadrona introduce toda la mano en el cuerpo de Carmine para buscar a la remolona y la retira con un grito. En el dedo índice encuentra la marca profunda de un diente.

Mireille es mujer de proverbial bonhomía, pero todo tiene un límite. Hasta aquí hemos llegado, se dice. Está a punto de irse cuando Carmine deja escapar un aullido que estalla como un trueno y que, al día siguiente, más de uno dirá que se escuchó en todo el valle.

Con la mano en el picaporte, la comadrona emite un largo suspiro.

Obliga a la parturienta a beber la infusión de laurel. Le enjuga la frente. Le habla con dulzura o con violencia según las contracciones de su vientre y la insta a respirar. Carmine le aprieta la mano como si los pies le colgaran de un precipicio. Pobrecilla.

Detrás del redil, las ovejas balan hasta desgañitarse.

Al cabo de una hora, Mireille tira la toalla; está exhausta. Se sienta en una silla mientras Carmine gime débilmente. ¡Lo único que faltaba es que tuviera que rajarla para salvar al

maldito bebé! El padre, que en paz descanse, ni siquiera está aquí para cuidarla. Pensándolo bien... Podría preparar otra infusión, de tomillo y gaulteria. Sí, se dice convencida, es lo mejor que puedo hacer. La primera parece robusta, mantendrá bastante ocupada a su madre. Que sea lo que Dios quiera con la segunda, ya que se empeña en no salir.

Pero, mientras prepara de espaldas a Carmine sus hierbas abortivas, un nuevo cráneo asoma entre las piernas de la parturienta.

La pequeña mira a derecha e izquierda. Luego, convencida de que nadie la ha visto, se iza fuera de su capullo de carne, reptando hasta la cabecera de la cama, se desliza bajo la piel de oveja y empuja a su hermana mayor, que cae al suelo berreando.

La comadrona se gira. Se queda mirando un momento y se encoge de hombros; ya nada la sorprende. Mireille toma al nuevo bebé, que debe de haber salido sólo por algún milagro. Otra niña; son como dos gotas de agua. Es tal el parecido con la primera que resulta extraño.

La comadrona las coloca una al lado de la otra para compararlas. ¡Anda! Pues tampoco se parecen tanto. La que acaba de recoger del suelo tiene los ojos grises, la tez pálida; la otra, ya estirada, tiene el pelo oscuro. Se agarra al pecho de su madre, que está muerta de cansancio. De repente, Carmine se sobresalta y grita:

—¡Ay! ¡Me mordió!

Mireille reconoce entonces, en la boca de aquella mequetrefe, el incisivo que le ha dejado una marca en la mano. Agarra al monstruito, sosteniéndola con el brazo extendido mientras la bebé patatea y chilla mostrando el diente.

Pero, aparte de ese incisivo incongruente y de la insólita usurpación de lugar, la más pequeña no tiene nada de extraordinario. Es rosada, vigorosa, vulnerable.

La comadrona meneaba la cabeza preocupada. Tiene que cortar los cordones, bajar al pueblo lo más rápido posible y no volver nunca más. Aquí ocurren cosas que la sobrepasan y a ella no le gustan las complicaciones. Acto seguido arroja la placenta a los corderos.

Mireille acerca las niñas, lavadas y envueltas en pañales, a los pechos de Carmine. La mayor ya seduce a su madre con su dulce chupeteo; la benjamina, que pretendía ocupar su lugar, intenta abrirse camino hacia el pezón.

—Tan pronto como hayas recobrado las fuerzas, baja e instálate en el pueblo, Carmine. No puedes ocuparte tú sola de dos bebés y un rebaño.

Justo antes de pasar por encima del fardo hediondo que sigue en la puerta, Mireille se acuerda de preguntar:

—¿Cómo vas a llamarlas? Es para el registro municipal.

Carmine se sobresalta de nuevo; la segunda ha vuelto a morderla. La desteta y responde:

—A esta, Agonie.

Y, luego, acariciando la cabecita de la primogénita:

—Y a esta preciosidad, Félicité.

La comadrona asiente sin discutir. Pero, una vez junto al alcalde, en el momento de inscribir los nombres en el voluminoso cuaderno de páginas color crema, se dirá a sí misma que, por lo visto, aquella niña ha tenido un comienzo bastante furrís en la vida como para marcarla todavía más. De modo que intercambia la primera y la última letra y, debajo del nombre de Félicité, escribe:

### *Egonia*

Las niñas han crecido y las ovejas han ido muriendo. Carmine apenas se ha dado cuenta. Bastante tenía con aquellos dos monstruitos.

Félicité ordenaba siempre sus juguetes, coloreaba sin salirse del contorno, parloteaba sola, dirigiéndose al vacío, y acariciaba animales invisibles. Es un encanto, se felicitó su madre, aunque algo chiflada, es decir, entre loca y hada.

En cuanto a Agonie... Carmine había salvado de la hecatombe una oveja para amamantar a la pequeña. De lo contrario, su diente le habría desgarrado el pecho. La benjamina se alimentaba vorazmente y crecía el doble de rápido que su hermana mayor.

En el lugar donde Carmine vaciaba los pañales de Agonie, en el prado de detrás de la casa, crecían por la noche plantas que hasta entonces no existían, flores que el monte Bégo temía, gigantescas, demasiado exuberantes para ser decorosas, que invadían el suelo y abrazaban con sus raíces la vieja banca ya hendida. Sus pistilos azul eléctrico ondulaban como algas entre las fauces de color cárdeno que se cerraban de repente sobre los gorriones, clac, sin darles tiempo de decir ni pío. Cuando se volvían a abrir, las plantas emitían silbos de pájaros.

Pronto se vio detrás de la majada un prado entero de aquellas flores monstruosas y ni rastro de pájaros en los alrededores.

Pero las flores no dejaban de ser un original jardín, comparado con lo que le brotaba de la boca a la pequeña. Porque, en cuanto Agonie balbuceaba o tosía demasiado fuerte, había que esconderse: escupía mariposas. Sí, amigo mío, ha oído bien: mariposas. Escuchamos esa palabra y lo normal es decir: qué bonita. Bonita, no lo dudo, siempre que las alas sean de colores. Pero los insectos de Agonie salían, qué perogrullada, de Agonie. Y no sembraban otra cosa sino agonía. Dondequiera que se posaran, la leña verde se secaba, los cabellos se volvían blancos y las caras se llenaban de arrugas.

Para protegerse a sí misma, su casa y a su primogénita, su madre le ató a Agonie una mordaza en la boca.

Poco después de dar a luz, Carmine se había comprado un espejito ovalado con marco de plata, un lienzo, un caballete, un par de pinceles y una caja de pinturas. Cuando había acabado de ocuparse de las ovejas que le quedaban y de sus hijas, tomaba el espejo, se ponía de pie y lo miraba fijamente. Parecía, me contó Félicité andando el tiempo, como si buscara algo allí, algo invisible a lo real que sólo el reflejo podía revelarle. Mirándose en el espejo, trazaba en el lienzo los contornos del rostro, la espiral de los rizos, las virgulillas de las pestañas. El retrato daba la impresión de tener fondo, como si estuviera iluminado desde adentro. Al cabo de unos meses parecía haber cobrado vida. Te seguía con la mirada si pasabas delante. Cuando le preguntaban por qué seguía pintando aquel retrato terminado hacía tiempo, Carmine repetía que aún no se parecía a ella, o no del todo; que tenía que embellecerlo. Sólo los ojos en el centro permanecían sin cambios, dorados, girando como canicas tan pronto como alguien cruzaba la habitación. El resto del cuadro, a su alrededor, seguía adquiriendo matices, cargándose de sombras y relieves.

Las gemelas crecieron. Las hijas de los pastores aprenden a ocuparse de sí mismas antes que las demás; a los cinco años, ordeñaban las ovejas e iban juntas al pueblo por huevos para preparar tortillas. Y menos mal, porque, cuatro veces al año, Carmine se ausentaba unas dos semanas. Volvía con la ropa mojada y el semblante menos fatigado. Iba cerca del mar, le explicaba a Félicité, para abastecerse de frutas procedentes de un mundo lejano, toronjas y granadas; y de tesoros.

Fue al regreso de uno de aquellos viajes cuando Félicité recibió su primer juego de té, con todas sus piezas: una tetera en miniatura de color blanco nacarado, no mayor que el

puño de un niño, decorada con motivos azules y ribetes de oro, tres tazas a juego con sendos platillos, una lechera y un azucarero. La porcelana era tan fina que, algunas tardes de tormenta, se podían ver a través de ella los relámpagos rayando la noche.